



SANTIAGO BLASCO

CAMPO *de la*
ESTRELLA



La novela describe las peripecias de unos peregrinos a lo largo de la ruta jacobea que discurría por los castillos fronterizos de los reinos cristianos con el califato omeya de Córdoba, tal como se hacía en el año 995. En esta época el gran Al-Mansur (Almanzor) diezmaba a los ejércitos cristianos. Mientras tanto, las peregrinaciones hacia Santiago son cada vez más numerosas y sirven para acrecentar la fe en una victoria que no termina de producirse. El incremento considerable de peregrinos extranjeros convierte a Santiago en uno de los tres grandes centros de culto del cristianismo, como también lo eran Roma y Jerusalén.

Pero el camino de Santiago no es seguro para los caminantes por los numerosos ataques de las tropas árabes, por los robos, asesinatos y resto de pillerías que se producían a diario entre los mismos creyentes. Por eso, el rey Bermudo de León decide enviar a su mejor hombre a fin de que averigüe lo que realmente ocurre y dé una solución rápida al problema.

El camino de Santiago, anteriormente, en la cultura celta, era conocido como el camino de las ocas, porque era la ruta de las migraciones de estas aves. Un animal sagrado considerado como el mensajero de los dioses, porque podía desenvolverse sin dificultad en los tres medios (agua, aire y tierra). De hecho, el juego de la oca es en realidad un mapa criptográfico que según la leyenda se utilizaba para reconocer los puntos más importantes del camino de Santiago, tanto de protección como de peligro.

Índice de contenido

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX

Capítulo XXX
Capítulo XXXI
Capítulo XXXII
Capítulo XXXIII
Capítulo XXXIV
Capítulo XXXV
Capítulo XXXVI
Capítulo XXXVII
Capítulo XXXVIII
Sobre el autor

*A Pilar.
Esa mujer que endulza nuestros
caminos.
Quien me acompaña a través de las
veredas de la vida.
Quien acorta las difíciles sendas para
convertirlas
en cómodos atajos.
Esa mujer que allana los senderos que
juntos
compartimos.
No tengo palabras, ni nada con qué
corresponder
a tanta generosidad.*

CAPÍTULO I

LA TARDE SE CONSUMÍA DE LA MISMA MANERA que si fuera la endeble mecha de una lámpara de aceite, que ya carente de reservas, quedaba expuesta al capricho del viento. Se apagaba con la misma rapidez que el niño cansado cierra los ojos para conciliar el sueño en brazos de su madre. Pronto, la oscuridad de la noche indicaría que era hora de refugiarse en lugar seguro. Sabedores de la premura por llegar cuanto antes a su destino, los miembros de aquella nutrida escolta espoleaban sus monturas sin ningún miramiento, a pesar de que ya transitaban por lugar habitado. La comitiva se aproximaba a todo galope en dirección hacia aquel palacio que estaba construido sobre la loma más predominante del lugar, y desde cuya cima se podían divisar a gran distancia las fértiles tierras de labor a lo largo del valle. En aquella época del año los naranjos ya estaban en flor y desprendían un embriagador aroma de inconfundible azahar. Por su parte, los lugareños se apartaban lo más rápidamente que podían al paso de los briosos caballos que parecían estar dispuestos a arrollar a cuanto se interpusiera en su camino.

—¡Paso al gran Al-Mansur^[1]! —gritaban una y otra vez los jinetes que marchaban en cabeza para abrir paso.

Esta vez, la campaña militar contra los reinos infieles ha durado mucho más de lo que inicialmente se planteó. Los hombres regresan exhaustos, al borde de la extenuación, pero ninguno de los capitanes se ha atrevido a hacer el más mínimo comentario al respecto. Ni tampoco por sus bocas ha salido la menor queja. Todavía tienen muy presente en su memoria los terribles castigos que recibieron aquellos que en la anterior operación de castigo osaron presentar al

gran Al-Mansur el malestar que mostraron algunos de los más belicosos de sus guerreros, precisamente, los que más enemigos abatieron en el campo de batalla.

Vistos los éxitos cosechados y la gran satisfacción que mostró públicamente el general de todos los ejércitos del califato omeya de Córdoba, a nadie se le pasó por la cabeza la reacción que podría tener ante lo que consideró un acto de rebeldía que no podía pasar por alto. Ninguno esperaba que aquel que tanta preocupación mostraba por sus guerreros pudiera ordenar semejantes crueldades. Pero por un momento olvidaron que aquel hombre siempre se mantenía firme en sus convicciones hasta las últimas consecuencias, incluso a la hora de mandar la ejecución de acciones ejemplarizantes que fueran en perjuicio de quienes hacía tan solo irnos días habían entregado sus propias vidas en favor de conseguir una causa superior que él mismo les había impuesto a hierro y fuego.

Ante la incredulidad de los implicados, los responsables de las tropas que llevaron los mensajes de descontento fueron obligados a señalar a los disconformes. Algunos eran amigos desde la infancia, y los que más se conocían muchos años atrás porque se contaban por decenas las participaciones en las mismas incursiones. En presencia de sus compañeros los delatados fueron de inmediato marcados en la cara con una barra candente al rojo vivo. Acto seguido, los delatores tuvieron que decapitarlos con sus propias cimitarras. En cuanto a ellos, una vez que terminaron todas las ejecuciones, por no saber calmar los ánimos de sus subordinados; por permitir que las quejas casi acabaran en una insurrección, y por hacerse eco de semejantes críticas que estuvieron a punto de llevar al traste la batalla más decisiva de las que se libraron en aquella campaña, primero fueron degradados y después se les cortó la lengua para que jamás pudieran quejarse de nada y nunca olvidaran la falta cometida.

Así de rápida y severa era la justicia impartida por Almanzor entre sus hombres. Pero curiosamente, sus tropas sentían verdadera devoción por su figura. Quizá, la razón principal fuera que con su sola presencia en el campo de batalla les hacía sentirse invencibles ante cualquier ejército enemigo. O tal vez, que le consideraban el mejor general de cuantos habían tenido. Comoquiera que fuere, preparaba sus ataques con una precisión y minuciosidad impresionantes. Utilizaba como mejor arma contra sus enemigos una estrategia militar hasta entonces desconocida. Tácticas de las que siempre hizo gala y que utilizaba con sobrada maestría para conseguir una insospechada anticipación ante sus enemigos. Ventajas muy útiles que hacían que sus propios generales quedaran sorprendidos ante tanta clarividencia y que al final le otorgaban la victoria.

De hecho, en todas las intervenciones militares realizadas hasta la fecha jamás conoció la derrota. El pleno conocimiento de su más que probada imbatibilidad le otorgaba un plus de fortaleza que el resto no podía conseguir, tanto para lo bueno como para lo malo. Y esa información la poseían por igual sus enemigos y los componentes de sus tropas, desde el primero hasta el último. También tenía el acierto de hacerles sentirse los más importantes, independientemente del puesto que ocuparan en el escalafón militar. Porque fue capaz de transmitirles la idea de que todos, sin excepciones, eran necesarios en el lugar que ocupaban para que el conjunto funcionara como una pieza de precisión. Por eso, y una vez vistos los espectaculares resultados de la aplicación de sus técnicas, no hubo nadie que no creyera en sus palabras y que no lo considerara el verdadero emisario de la guerra santa.

Siempre rodeado de una nutrida escolta personal formada por los mejores guerreros, tenía en alta estima que fueran hombres de su total y absoluta confianza. Valoraba por encima de otra cualidad que cualquiera de ellos estuviera dispuesto a inmolarse con tal de protegerle. Para ellos

no había términos medios, porque no defendían a su máximo jefe; ni tampoco al artífice de sus numerosas victorias. A quien realmente protegían era a quien en aquellos momentos representaba al mejor líder espiritual; a ese que les debía conducir hacia la victoria final contra los ejércitos infieles. Los tintes dramáticos de aquella confrontación no se correspondían con una guerra convencional por la ocupación de un determinado territorio. El objetivo final no era otro que la imposición por la fuerza de una creencia religiosa. Era el establecimiento de una fe que resultaría ser la más letal y potente de cuantas armas se conocían. La idea era primero vencer y después doblegar la voluntad de los no creyentes del Corán.

Ya se encontraban muy cerca del palacio. En cuanto los centinelas que estaban apostados en las almenas más altas se percataron del abundante polvo que levantaba una partida de caballería que se acercaba rápidamente al galope, avisaron al cuerpo de guardia a fin de que se dispusiera para recibir a tan importante personaje. Ya fueron avisados con suficiente antelación de su inminente llegada y todo estaba preparado oportunamente para recibirle y agasajarle como su alto cargo y gran dignidad así lo exigían.

Mientras tanto, en el patio de armas se concentraron las fuerzas ataviadas con sus solemnes uniformes de gala con el objeto de rendir homenaje al señor más poderoso y temido del califato omeya de Córdoba. Entretanto, Elvira se acicalaba en sus aposentos con los mejores ropajes de su vestuario. Por fin podía reencontrarse con el hombre a quien más quería. A su lado, Al-Mudayna, la hija de ambos, también se había engalanado para la ocasión a la vez que miraba con atención todos y cada uno de los movimientos que realizaba su madre para potenciar la belleza de sus inconfundibles rasgos personales; esos que sabía enamoraron desde el principio a su hombre.

—Tu padre no tardará en llegar.

—¿Esta vez se quedará mucho tiempo con nosotras?

—No lo sé. Ya nos lo dirá. Ya sabes que tiene otras muchas obligaciones que atender.

—¿Te refieres a sus otras mujeres e hijos?

—¡Que no te oiga hablar así, porque no le gustará!

—¿No dice siempre que aquí se siente más feliz que en ningún otro sitio?

—Es verdad.

—¡Pues que lo demuestre!

—No puede abandonarlos, pues forman parte de él y de su pasado. Nosotras, aunque no nos guste, somos las últimas que hemos llegado a su vida.

—No sé por qué nos mantenemos tan ocultas. Es como si se avergonzara de nuestra existencia.

—¡No es por eso!

—¡Por qué, entonces!

—¡Es por nuestra propia seguridad! Las cosas en la corte del califa no van bien desde hace tiempo. Tu padre tiene muchas presiones y bastantes enemigos a su alrededor que esperan que cometa un error para atacarlo por la espalda. Lo único que quiere es protegernos contra esa gente tan poderosa.

—Pero no entiendo por qué tiene que protegernos contra alguien que ni conocemos. No hemos hecho nada malo a nadie y, sin embargo, debemos permanecer aquí ocultas como si fuéramos prisioneras. No tengo amigas ni nadie de mi edad con quien hablar o entretenerme.

—Es verdad que nosotras no tenemos la culpa de nada, pero son razones de gobierno.

—¡Pues no lo entiendo!

—Hay que estar muy metido en ese mundo para entenderlo. A mí también me pasa lo mismo.

—¿Y cómo lo solucionas?

—Simplemente, creo en la palabra de tu padre. Muchas veces me ha dicho que aunque tiene mucho poder, también posee muchos y poderosos enemigos dispuestos a

utilizar cualquier cosa, o cualquier persona, para hacerle daño.

—Pero él ha dado muchas victorias al califato frente a las huestes cristianas. Eso no se debe olvidar. Además, tiene a su lado al pueblo y al ejército. ¡No necesita más!

—¡Siempre le he oído decir que eso no es suficiente!

—¿Por qué?

—Porque hay otros poderes ocultos que son todavía más poderosos, y porque siempre aparecen rencillas y envidias que hay que sofocar de la mejor manera posible sin que se note que interviene.

—¡Pues yo ya estoy harta de permanecer en esta jaula de oro alejada del resto del mundo! ¡Todo lo que conozco del exterior es a través de los libros!

—¡Si tu padre considera que es mejor que vivamos apartadas debes obedecer, ya que tiene importantes razones! ¡Te recomiendo que no cuestiones sus decisiones, porque se enojará contigo!

—¡Eso nunca sucederá!

—¡Muy segura te veo!

—¡Es muy fácil! Antes de que se enfade, le preguntaré durante la cena para que me cuente cosas sobre la historia del califato.

—¡Mañana! ¡Eso tendrá que esperar a que primero descanse! ¡No quiero que ahora que viene cansado te pongas a hablar sin parar!

—Pero...

La conversación quedó interrumpida por el sonido de clarines que anunciaban la inminente llegada de la comitiva, momento que aprovecharon las dos mujeres para asomarse a través de la celosía de una de las ventanas y poder así contemplar su entrada triunfal. Eran amores tan diferentes los que ambas sentían por él, que en ningún modo entraban en discordia, pero sí competían entre sí por reclamar el mayor tiempo de atenciones que aquel hombre pudiera otorgarles en sus cortas visitas.

Almanzor siempre consideró que para su familia resultaba venenosa la influencia de los personajes que vivían en la corte del califato cordobés, y aunque no lo pudo conseguir con sus hijos mayores, sí estaba empeñado en llevarlo a cabo para sus dos más preciados tesoros. Por esa razón decidió separarlas del resto de las familias influyentes, así como del contacto con aquellos que consideraba verdaderas alimañas. Es más; quiso llevar en secreto el nacimiento de Al-Mudayna para evitar tentaciones a alguno de sus enemigos. Cuando supo del embarazo de Elvira, rápidamente la trasladó al palacio de donde nunca más salió. Los rumores recorrieron de punta a punta los rincones del califato, pero enseguida fueron desvanecidos por sus victorias sobre las huestes cristianas.

Los portones se abrieron y enseguida apareció erguido sobre su montura ese a quien todos conocían como el azote del islam; el más afamado caudillo cordobés de cuantos hubieran existido. Con su aspecto resuelto y decidido parecía enviar órdenes a sus hombres con solo utilizar la mirada. Inequívocamente, sus guerreros sentían por él verdadera devoción. Sin excepción, todos estaban convencidos de que con su sola presencia les transmitía los ánimos y el valor necesarios para vencer en todas las batallas en que los dirigiera.

Por sus éxitos militares frente a los ejércitos cristianos se había convertido en un mito; una leyenda que el pueblo prometió no olvidar jamás aunque transcurrieran cientos de años. Aquella imagen sobria de hombre galante, educado y culto, llamaba la atención de propios y extraños, lo que le ayudaba a superar con creces la falta de ese aspecto propio de un soldado curtido en mil combates, del que evidentemente carecía. Pese a no gozar de una gran estatura, ni de una complexión física atlética, poseía otros alcances personales que producían aún más temor que la apariencia aguerrida de cualquiera de sus generales. Sus ojos fieros y penetrantes infundían temor y respeto ante su sola presen-

cia. Vengativo, rencoroso y colérico con el enemigo, o con los traidores, a la vez gustaba de hacer permanentes demostraciones de generosidad y amistad con sus fieles aliados. Con las mujeres era un gran adulator sin resultar pegajoso. Seductor y cortés sin rozar lo servil, de fácil palabra sin tener que recurrir a lo grotesco, y estaba dotado por la naturaleza de las mejores cualidades amorosas para hacerlas felices. De entre sus cualidades más impresionantes, cabría destacar de entre todas ellas la intuición con el comportamiento del género humano, la desarrollada inteligencia que poseía, una más que proverbial memoria y, por encima de todas, un sentido extraordinario de la anticipación y de la estrategia. Posiblemente, estas dos últimas fueron las que más le ayudaron a labrarse una impresionante carrera dentro del califato de Córdoba en su juventud, ya que le permitieron convertirse en el mejor amante secreto de las mujeres más influyentes.

Por fin, reunidos en las estancias privadas del palacio, las demostraciones de amor y de cariño no se hicieron esperar. Los tres quedaron fundidos en un emotivo abrazo conjunto que sin palabras decía lo mucho que se habían echado de menos durante esos largos días que duró la obligada separación. Si Elvira no cesaba de mostrarse la más dulce y cariñosa de las esposas, Al-Mudayna no se dejaba comer el terreno pues había tenido muy buena maestra en esos menesteres, y en verdad que le salía del corazón esa ternura que sentía a borbotones por su padre. Cada vez que podían disfrutar de su presencia, para ambas resultaba un momento de fiesta irreplicable. Después de la cena, durante la que mantuvieron conversaciones cruzadas de puesta al día de los distintos acontecimientos, Al-Mansur y Elvira se retiraron, lo que aprovechó la hija para practicar una de sus aficiones favoritas: la lectura.

Una vez que se encontraron solos en su alcoba, los dos se volvieron a convertir en los amantes entregados que siempre quisieron ser, únicamente preocupados por dar in-

finito placer al otro. Los velos y tules de satén bordados con piedras preciosas comenzaron a acariciar las sábanas del tálamo al desprenderse poco a poco del cuerpo de Elvira, a la vez que Al-Mansur los entrelazaba entre sus dedos a la espera de recibir el próximo que cayera cerca de sus dominios. Mientras tanto, los olía intensamente como si quisiera empaparse de aquel aroma a dulce fragancia de su amada. Ella utilizaba una música pegadiza que tarareaba para que la ayudara a bailar una de las danzas predilectas de su hombre.

Con mucha provocación sensual movía las caderas a la vez que se despojaba de sus velos intencionadamente, y de una manera sutil dejaba entrever pequeñas partes del premio final que esperaba al gran triunfador de incontables campañas. Paradójica situación en la que aquel vencedor de tantas contiendas sucumbía con esa facilidad a los encantos de Elvira. Acaso, ese fuera realmente el objetivo principal y lo que más les motivaba. La extraordinaria belleza, tanto de la cara como del cuerpo de Elvira, sin duda contribuía a encandilar las apetencias sexuales de un entregado amante, muy diferente a lo que los demás acostumbraban a conocer en otras situaciones bien distintas. Pero la intimidad y la libertad para el jugueteo sexual todo lo perdonaba y así lo habían aceptado los dos enamorados para sus encuentros amorosos.

Al cabo de un intenso ejercicio de emociones contenidas, se encontraron desnudos, ella encima de él, mientras acariciaba con sus carnosos labios el miembro viril desde la base hacia la punta, en reiterados recorridos, a la vez que con la lengua lo impregnaba de saliva para facilitar el rozamiento. De vez en cuando, paraba el movimiento para pasarse la lengua por sus propios labios y tenerlos así adecuadamente lubricados para ese cometido. Aquellos repetitivos lametones insinuadores que se acompañaban con combinaciones de miradas tiernas e inequívocos gestos de completa sumisión, eran demostraciones de sensualidad